

SEBASTIÁN ROYO

La escalada del precio del petróleo demuestra el limitado poder que tiene la OPEP para controlar los precios. El autor asegura que la gran inquietud que sufren los mercados se debe a factores políticos, y sostiene que las perspectivas a corto plazo no son halagüeñas



El riesgo político y el precio del crudo

La escalada de los precios del petróleo, que han llegado a superar máximos de 14 años en las últimas semanas, está causando gran preocupación en los países consumidores, que observan con gran temor el efecto que estas subidas pueden tener en la recuperación de sus economías. Las previsiones de crecimiento mundial del FMI para 2004 se han elaborado sobre una hipótesis de 30 dólares el barril, lejos de los 36 dólares que ronda en la actualidad el barril de *brent*. Un aumento de cinco dólares sostenido a lo largo de 12 meses puede suponer un recorte de hasta tres décimas en la tasa de crecimiento internacional.

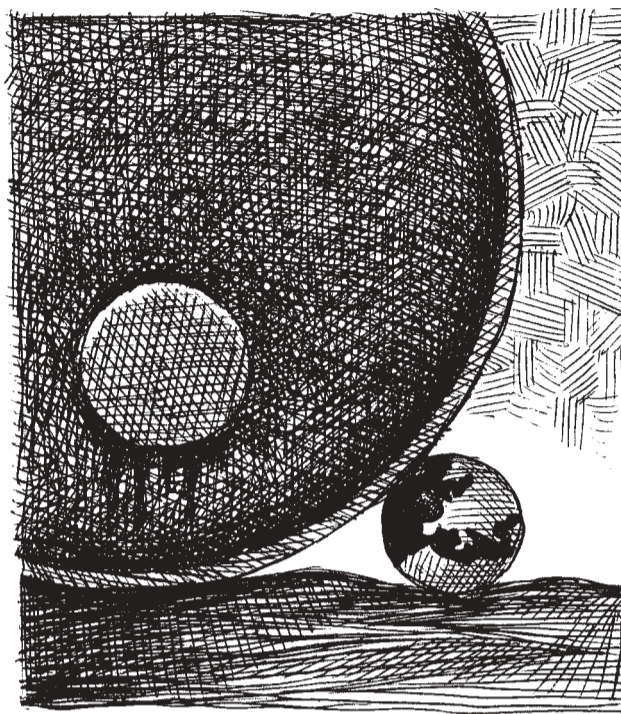
En España la inflación registró en mayo un incremento en tasa interanual de seis décimas, la mayor subida desde 1992, situándose en el 3,4%, y se espera que la subida de los precios del petróleo provocará aún más inflación en los próximos meses.

De acuerdo con el presidente de la OPEP, el indonesio Purnomo Yus-giantoro, los altos precios actuales se deben a factores sobre los cuales el cártel no tiene control: la especulación en mercados futuros (el interés especulativo en los futuros de crudos está en los niveles más altos de los 10 últimos años), las preocupaciones por la inestabilidad en el Oriente Medio, y los aumentos de la demanda particularmente en EE UU, y China. La OPEP sin embargo, es

también parcialmente responsable de estas subidas. Este año se estima que la demanda global por petróleo aumentará un 16%. Sin embargo, hasta hace muy poco el cártel había desestimado el aumento de la demanda y seguía reduciendo la producción para subir los precios.

Sin embargo, la escalada actual demuestra el poder limitado del cártel para controlar los precios. Pese a que los 10 países miembros de la OPEP con derecho de voto siguen teniendo las llaves de la producción, no pueden controlar factores exógenos que tienen un serio impacto en los precios. De hecho, las últimas subidas responden a etapas de recrudecimiento de la violencia en Oriente Medio que han llevado al aumento de la *prima del terror*. Durante el mes de mayo los ataques de la resistencia a las instalaciones petrolíferas en Irak, la intensificación del conflicto en Palestina, y los atentados en Arabia Saudí han enervado a los mercados y contribuido a la subidas del precio hasta los 42 dólares por barril. Este factor de riesgo político se ha intensificado por las crisis en Nigeria y Venezuela. Son estos factores políticos los que están generando gran inquietud en los mercados que observan con preocupación cualquier acontecimiento que pueda afectar a la producción.

Las perspectivas a corto plazo no son muy halagüeñas. Por un lado,



ÁNGEL NAVAS

con la excepción de Arabia Saudí, Kuwait, y los Emiratos Árabes, la capacidad de los países miembros de la OPEP de aumentar su producción es muy limitada. La capacidad de la OPEP se ha visto reducida durante las últimas décadas por eventos como las dos guerras del Golfo, la Guerra entre Irak e Irán, la crisis política y económica en Nigeria, y la huelga de los trabajadores de la compañía Petróleos de Venezuela (PDVSA), en Venezuela en 2002.

Además, la decisión de la OPEP de la semana pasada de aumentar su cuota diaria un 8,5% hasta dos millones de barriles adicionales, se ve contrarrestada por el hecho de que muchos de estos países ya están sobreproduciendo para beneficiarse de los altos precios, y por tanto el aumento

En España, el IPC aumentó en mayo hasta el 3,4%, y se espera que la subida del precio del petróleo provocará aún más inflación

real de la oferta será limitado. Por otro lado, las tensiones en Oriente Medio y en Venezuela están lejos de ceder. Los atentados en Arabia Saudí contra ciudadanos occidentales, y la aprobación en Venezuela del referéndum para decidir la continuidad del presidente Chávez añade nuevas incertidumbres a una situación ya de por sí muy complicada.

Dado que Arabia Saudí es el país que más capacidad tiene de aumentar la producción (produce unos 9 millones de barriles al día y puede llegar a 10,5 millones), la inestabilidad en el reino saudí es un elemento de gran riesgo con implicaciones de gran calado. La posibilidad de que el deterioro de la situación lleve al colapso de la casa de Saud y a una confrontación civil puede tener un efecto devastador en los mercados.

El único signo positivo es la aprobación por unanimidad por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de la Resolución relativa a la soberanía de Irak. En cualquier caso, está por ver si la Resolución tendrá un impacto positivo a corto plazo en la estabilidad del país.

Una vez más los países consumidores, incluyendo España, se encuentran a merced de acontecimientos que difícilmente pueden controlar, pero que pueden tener un serio impacto en la marcha de sus economías y en las perspectivas de recuperación. Las circunstancias actuales muestran, una vez más, la necesidad perentoria de reducir el consumo de petróleo y potenciar el desarrollo de nuevas energías.

Profesor de la Universidad de Suffolk en Boston y codirector del Seminario de Estudios Ibéricos del Centro de Estudios Europeos de la Universidad de Harvard

RAIMUNDO ORTEGA

La democracia: confusión de confusiones

Hace unas semanas, un ilustre novelista, premio Nobel de Literatura, concedía una entrevista a un diario nacional con motivo del lanzamiento de su último libro. Allí exponía sus ideas sobre la libertad, la democracia, el comunismo y los recientes acontecimientos políticos del país que le alberga.

Casi todas sus afirmaciones no tenían desperdicio porque, en mi opinión, recogían un amplio abanico que podría calificarse como representativo de la que cabría designar como la elegancia de la disidencia: es decir, que dan lustre a quien las sustenta sin ocasionarle riesgo alguno. En efecto, el ilustre laureado afirmaba rotundamente que “la democracia es una tomadura de pelo”, apoyándose en cuatro razones: 1) que “únicamente permite quitar un Gobierno y poner otro, pero no permite absolutamente nada

más”; 2) que “los Gobiernos son los comisarios políticos de los bancos”; 3) que “incluso en un sistema como éste, que parece que promete todo, empezando por los derechos humanos, la libertad puede ser sencillamente un espejismo”; y 4) que “tenemos una democracia formal, [pero] necesitamos una democracia sustancial”.

Aparentemente la lista impresionante, pero si se estudia detalladamente comienza uno a sospechar que el gran novelista acaso tenga ciertas confusiones respecto a qué es realmente la democracia y qué cabe esperar de ella. Es bien sabido que la democracia nació hacia el 507 a. C. en Atenas como un sistema de gobierno popular. Desde entonces ha adoptado formas diversas pero siempre se ha caracterizado por la persistencia de algunos rasgos: por tender a asegurar una participación efec-

tiva e igualitaria de sus ciudadanos en la elección de quienes les representen y por el ejercicio de un control periódico y final –en el sentido que pueden cambiar de representantes cada cierto tiempo– de los asuntos que les interesa sean debatidos y llevados a la práctica.

Como se suele decir, la democracia lleva implícita una lógica de la igualdad. Esas características han cobrado tal prestigio que en nuestros días, para casi todo el mundo –salvo para nuestro autor–, la democracia es la única fuente de legitimidad política. Pero para nuestra desgracia, no es desconocido el fenómeno que se ha bautizado como la “democracia aliberal”, entendiéndose por tal la de aquellos regímenes políticos cuyos dirigentes –se llamen Hitler, Chávez, Castro, Mugabe o Putin– desconocen los límites constitucionales de su poder y niegan a sus ciuda-

danos sus derechos fundamentales.

Pero lo que hoy entendemos en España por democracia liberal es un sistema político basado en elecciones libres pero, también, en la supremacía de la ley, la separación de poderes y la protección de los derechos fundamentales. Ahora bien, y acaso aquí resida la confusión del novelista de marras –aunque, como luego veremos, me temo que no–, la democracia es una virtud pública pero no la única y su relación con otras sólo puede entenderse si se diferencia de otros valores de los sistemas políticos en que vivimos.

En nuestras sociedades acaso se haya exagerado el valor de la democracia a costa, por ejemplo, de la libertad, en el sentido que a veces los Gobiernos elegidos democráticamente y ciertas instituciones que no lo son –entre las que me atrevería

a señalar el poder judicial y los medios de comunicación– se dedican sistemáticamente a erosionar los derechos de los otros estamentos de la sociedad.

A ello se añade otro grave problema: el de la relación entre democracia y capitalismo de mercado. Puede aseverarse que la democracia liberal solamente sobrevive en países cuya organización económica es la de capitalismo de mercado, pero para que ambos se influyan y limiten beneficiosamente es necesario que aquel no genere una desigualdad de recursos que se traduzca en desigualdad política entre los ciudadanos.

Como bien dice el premio Nobel, hay que “resolver los problemas de la justicia social” y “la distribución de los bienes”. ¿Pero conoce él un sistema más capaz de conseguirlo que el democrático? ¿Es en las democracias donde muere de hambre

una persona cada cuatro segundos y se carece de derechos humanos o en otra clase de regímenes, quizás como los que añoró en tiempos pasados?

Me temo que es iluso apelar al “comunismo libertario” para resolver los problemas de nuestras sociedades democráticas, necesitamos diagnósticos y recetas más complejos: fórmulas que nos indiquen cómo preservar la democracia y la libertad frente al terrorismo y otros fanatismos, y sistemas garantizando que la delegación de poder resultante de las elecciones se combina con la exigencia de responsabilidad efectiva ante la adopción de decisiones por los gobernantes y el funcionamiento de los organismos públicos; pero, fundamentalmente, que se nos garantice un equilibrio permanente entre democracia y libertad.

Economista